



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

ALBURQUERQUE

Sr. D. Aurelio Cabrera.

Mi querido amigo y compañero: A pesar de la afirmación, hecha por la Cofradía del Rosario en el siglo XVIII, de que todos los vecinos de Alburquerque eran de igual condición social, no ocurría lo mismo en el siglo XVI, en que, si no en otra cosa, se diferenciaban en ser unos cristianos viejos y otros nuevos, y, en 1534, la Inquisición procesó y quemó en estatua por hereje a un judío, confiscándole los bienes, y no le quemó en vivo porque, avisado a tiempo, se refugió en Portugal; y es el caso, que cuando el Obispo de Cartagena, después Arzobispo de Toledo, D. Juan Martínez Siliceo, fué a Badajoz para recibir en la frontera a D.^a María, Infanta de Portugal, y llevarla a Salamanca para casarse con D. Felipe II, en 1543, estando la comitiva en la raya de ambos reinos, el judío fugitivo tuvo la ocurrencia de atravesar el riachuelo divisorio, acompañado de muchos portugueses, hasta un molino en donde se habían apeado, para esperar a la Infanta, el Obispo y el Duque de Medina Sidonia. No faltó quien le conociera y denunciara al alcalde de la expedición, Castillo, enseñándole al par un mandamiento de los inquisidores para que le prendieran. Le detuvo un alguacil; le pusieron unos grillos y, montándole en una acémila, se le entregaron a dos clérigos para que le llevaran a Badajoz, pero en el camino los pobres clérigos fueron asaltados por cinco jinetes portugueses embozados, que les quitaron el preso y repasaron el río, perdiéndose y escondiéndose dentro del reino lusitano.

El autor anónimo que refiere ésto y que bien pudiera ser el cronista de Carlos V, Dr. Juan Ginés de Sepúlveda, puesto

que fué uno de los viajeros, dice también como, después de hecha la entrega de la Infanta, y en el camino para Salamanca, la primera jornada fué de Badajoz a Alburquerque el sábado 20 de Octubre del citado año de 1543, a donde llegaron de noche y muy tarde por ser muy larga la distancia de estas poblaciones, y allí permanecieron la Infanta y sus acompañantes hasta el jueves, en que partió de Alburquerque y fué a dormir a Herrerueta; y para que tenga usted idea de lo que sus paisanos vieron en estos días, le referiré las personas que iban y cómo iban, tal como se deduce de la relación hecha de orden del príncipe D. Felipe, y que se inserta en el tomo III, de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Desde el día anterior, o quizás desde algunos días más, empezaban a llegar las acémilas con las ropas, camas, capilla del Obispo, aderezos de casa, vajillas y todo lo necesario para el buen hospedaje de tantos y tan principales huéspedes, y de éstas podremos decir que el prelado llevaba 80 acémilas con reposteros de sus armas, y los de las 8 que conducían las camas y capilla, eran de grana fina, bordados de seda de colores y recamados de oro con los escudos, letreros, sombrero y cordones, y cada acémila conducida por un escudero a pie, con librea de terciopelo morado, con sombrero y plumas del mismo color y con su partesana al hombro, y delante iba un trompetero vestido de igual modo, que servía para agruparlas o para dispersarlas, según habían de detenerse o de seguir el camino. Los acompañantes de Siliceo, que después se nombrarán, llevaban entre todos 29 acémilas con reposteros distintos y de diversos colores.

El Duque de Medina Sidonia, llevaba 200 acémilas con reposteros, y otras mu-

chas sin ellos, en las que iban las cosas de botellería y cocina; el Arzobispo de Lisboa llevaba 65 con reposteros de lana con las armas reales de Portugal y unas bandas muy delgadas que los atravesaban en señal de la bastardía de su dueño, excepto uno que era todo de seda con sus armas bordadas. Y finalmente, las que traían la recámara de la Princesa, cuyo número no se conoce, ni las formas y colores de los reposteros. Todas estas gentes, acompañadas y dirigidas por los mayordomos, iban acomodando los hospedajes y alojando los de la Infanta, el Arzobispo, el Obispo y el Duque, que eran en los que comían los demás viajeros principales, guisándose sólo en los de los dos últimos, porque el Duque, en todo el viaje, mandó la comida a la Princesa y sus damas y, acompañado de sus pajes, les hacía el plato, y el Obispo Siliceo a todos sus compañeros, lo mismo a la ida que a la vuelta, les dió de comer tan espléndidamente, que no hecharon de menos los pescados marinos, ni otros manjares, ni tampoco los vinos de Valladolid, Valencia, Toro y San Martín, que eran en aquellos tiempos los más renombrados.

La Princesa, el Arzobispo, el Obispo y el Duque, iban en literas arrastradas por mulas y estos carruajes eran algo parecidos a las carretelas, pudiéndoseles quitar la parte delantera, lo que se hacía con la de la Princesa a la entrada de las poblaciones para que los naturales de ellas pudieran contemplarla, como supongo se haría en Alburquerque; las demás personas iban cabalgando y no pocos a pie, llevando del diestro las caballerías que sus señores montaban.

A la Princesa acompañaban catorce damas, diez portuguesas y cuatro castellanas, y éstas eran D.^a María de Velasco, hija del señor de Morón: se había criado